

MOZART

México, 1944

Mozart ha sido siempre para mí, más, mucho más que un músico; ha sido, me atrevería a decir, la música. Parece, más que ningún otro creador, un enviado monstruoso, una corporación humana de algo que no es, propiamente humano. Veo en él como en muy pocos, de tan absoluto que es, la gran inmoralidad del arte, la limpia, la pura, la alta inmoralidad que representa esa convivencia de lo celeste, diríamos, con lo terreno. El orgullo antipático del artista completo no es sino ese desajuste entre lo humano que toca a su alrededor y, ¿me atreveré a decirlo?, lo inhumano que siente. A la historia del arte, que como sabemos, no hace sino registrar y manejar una largo rosario de apariencias, de superficies planas, es decir, de estilos, se le escapa siempre lo esencial del creador profundo. Esa historia amanerada y superficial de las características ha señalado en Mozart muchas cosas: gracia, espontaneidad, soltura, instinto, maestría. ¡Cómo si eso fuera lo que compone y hace un creador! Esa historia crítica, en cambio, no ha sabido ver en Mozart el terrible desprecio, el desprecio grande, el desprecio enamorado que distingue al creador verdadero de los que no lo son, o no lo son total y profundamente, el despego, en fin, que le denuncian como hermano de los mayores: Fidias, Shakespeare, Cervantes, Velázquez. Todos son grandes desdeñosos, pero ese desdén total y algo vago, es cierto, ya que se trata de un como material casi metafísico, no es una caprichosa característica, sino la fatalidad de sus destinos un tanto astrales, duros, inhumanos, sin caridad. Y lo que más confunde a los historiadores de lo aparente es que toda esta descomunal grandeza se nos sirva en platos sencillos, como sucede con Mozart, cuando ellos le entenderían mejor en una aparatosa vajilla wagneriana. Tan segura, tan desdeñante, tan interior en esa grandeza que Mozart, en su *Serenata para trece instrumentos de aliento* se nos presenta como una banda municipal de pueblo, como sonando en ese recinto al aire libre que es la plaza de un pueblo; y en el *Concerto para corno y orquesta número 3*, casi como la música de un circo ideal. Su fuerza, sólo comparable a la de Goya, únicamente que más pura y limpia, hace que se desatienda de toda vigilancia. Nada le importa a Mozart expresar, no porque sea un músico abstracto, sino porque está seguro de que haga lo que haga todo su interior irá filtrándose en la obra, quiera o no quiera. Ni la música misma parece importarle, ya que para él no es más que algo, diría yo, como su propio cuerpo.